

SERMON III.

DE SAN BENITO DE PALERMO.

In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.

Ecles. cap. 48. vers. 15.

Mientras vivió hizo prodigios, y despues de su muerte obró muchas maravillas.

Este es el magnífico elogio con que el espíritu santificador honra la augusta memoria del incomparable Eliseo digno sucesor del grande Elías, cuyas heladas cenizas animaron entre las lóbregas cavernas del sepulcro los mas yertos cadáveres, y cuya extraordinaria santidad llenó de asombro los contornos de Judá; la dulce memoria del mas esclarecido Israelita, que dotado del doble espíritu de contemplacion y de zelo, fué el Taumaturgo entre los Profetas de su siglo; omnipotente entre las manos del Todo-poderoso, obró prodigios ignorados de las edades que le precedieron; como dueño absoluto muda todas las leyes del universo, la naturaleza atónita oye su voz, los elementos pierden su impetuosa actividad al sonido de sus palabras, la tierra sujeta le obedece, el fuego embota su voracidad; en su presencia los vientos se enfrenan y enmudecen, el mar calma sus hinchadas olas, la muerte abandona sus trofeos: de su boca sale un soplo vivificador que penetra hasta las entrañas del abismo, y restituye á la vida los cuerpos soterra-

dos entre las tinieblas del olvido: los Reyes admirados le respetan, la púrpura y la magestad se rinden á su imperio, la Palestina confiesa la fuerza de su poder, y los pueblos afligidos acuden á sus pies: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Por estos rasgos con que el Eclesiástico pinta al mas famoso Profeta que admiró el pueblo escogido, ya podeis venir en conocimiento del prodigioso de Palermo, objeto digno de vuestro culto, el Taumaturgo de estos últimos tiempos, ornamento glorioso de Sicilia, astro luminoso del cielo Franciscano, el Benjamin amado del nuevo Jacob, la copia mas original de su llagado Patriarca, gloria de la nacion Africana, luz prodigiosa del Septentrion y Mediodia, varon singular, alma grande de aquellas, que en los tiempos decretados por la eterna Sabiduría, extrae el Altísimo del tesoro de sus misericordias, para hacer alarde á los ojos del mundo de su poder comunicado á un hombre mortal, animándole con los esfuerzos de su mano poderosa, para que tanto en el sepulcro como en la cuna, manifieste la magestad y omnipotencia del Sér supremo con señales y prodigios: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Consideremos á un mismo tiempo la asombrosa multitud de maravillas que obró en vida y muerte el bienaventurado de Palermo, y la prodigiosa santidad con que ilustró la Iglesia de Dios. Si la vida del glorioso Benito fué un agregado, y un cúmulo de hechos extraordinarios, no lo fué menos de acciones heroicas que daban mayor esplendor á sus maravillas: si sus milagros asombraron desde Filadelfia las regiones del Aquilon y del Austro, por su multitud, por su variedad y por su singularidad, tambien llenó de admiracion la sublimidad de

sus virtudes las soledades más yermas, y todos los lugares donde residió: si él obró los prodigios que engrandecieron á los mayores héroes de ambos Testamentos, poseyó igualmente la santidad en que florecieron los hombres más grandes que ha tenido la Religion en todas las edades; por esta razón no puedo daros idea más cabal de su carácter, que representándole como un prodigio de la gracia, tanto por el heroísmo de sus virtudes, como por la magnificencia de sus milagros. Yo me explicaré con claridad, y vosotros entenderéis mi pensamiento. Voy á proponeros dos proposiciones que servirán de basa y fundamento á mi panegírico, y darán toda la materia para componer su completo elogio. Escuchadme. La prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió nuevo realce y autoridad á la multitud de sus milagros: esta será la primera parte. Las maravillas y portentos que obró Benito en vida y muerte, contribuyeron al mayor aumento y perfección de su santidad; segundo punto: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Aquí teneis, ilustre Archicofradía, dos puntos que á manera de palmas van á entretener una guirnalda para ceñir las sienas de mi héroe, y de vuestro glorioso Patron: vosotros juntad y esforzad vuestros ruegos al Divino Espíritu, para que me alcance las luces que necesito para proponer sus prodigiosos exemplos, de tal suerte, que edifiquen á vuestra piedad, y alienten la fé de mis oyentes. Para conseguir esta gracia pongamos por intercesora á María Santísima, saludándola con el Angel. *Ave María.*

Aquel Dios de magestad, cuya voz de magnificencia, según la frase de David, rompe los cedros del Líbano, divide las llamas del fuego, reprime los vórtices del ayre, suspende el curso de

los astros, pone término á las olas del mar, conmueve las sombrías selvas del desierto, estremece la inmensa mole del globo, conturba las potestades del abismo, humilla, abate, rinde y enmudece, quando quiere, á toda la naturaleza: aquel Señor Omnipotente, cuya virtud poderosa transforma y engrandece á su arbitrio á la criatura más débil elevándola sobre las potestades de la tierra, y haciéndola superior á los demás mortales: este gran Dios, único y soberano Autor del universo, escogió por un efecto de su bondad entre la esclarecida estirpe del nuevo Abraham, al bienaventurado de Palermo, le comunicó su espíritu, y le revistió de su fortaleza para que fuese el depositario de su poder, y brillase entre todos los héroes de la Ley de Gracia, como un varón prodigioso: este es su carácter propio y personal que le distingue de los demás Santos que han resplandecido en la Iglesia de Dios, y en el antiguo Testamento.

En efecto, si desde nuestros tiempos retrocedemos á los siglos más remotos, apenas encontraremos en tan inmenso espacio quien se le parezca á Benito de Palermo: hallaremos justos en quienes substituyó el Omnipotente la virtud de su divino brazo: veremos á un Moyses, legislador de los Judíos, que con su portentosa vara apacigua y divide las encrespadas olas del mar Rubio: á un Josué, General de las tropas del Señor, que hace parar al primer planeta en su carrera: á un Elias que pone su boca en las nubes, y el cielo se abre y se cierra al imperio de su voz: al jóven Daniel que amansa la fiereza de los leones: á un Martin, aquel insigne Obispo de Tours, que suspende el impetu abrasador de las llamas, y este elemento voraz le respeta y se apaga obediente á su palabra: á un San Gregorio, que manda como Soberano á los mon-

tes, y á pesar de su ingente mole se trasladan de un lugar á otro.

Pero todos estos héroes de la gracia, aunque obraron como depositarios de la Omnipotencia, la virtud milagrosa que se admiraba en ellos la recibieron con mas economía en ciertos dias, y en ciertos momentos; al paso que esta misma virtud la comunicó el Omnipotente al insigne de Palermo casi sin medida: ella empieza, por decirlo así, desde su misma cuna, y le sigue en todos los pasos de su vida: ella descende con él al sepulcro, y desde las concavidades de la tumba parece que manda á la naturaleza, pues se muestra dócil y obediente á sus órdenes. ¡Qué espectáculo tan asombroso sería para vosotros, si yo expusiera á vuestra vista en un momento toda la serie de sus portentos y maravillas! Pero no penseis que yo me propongo hacer una puntual relacion de sus milagros, lo que intento manifestaros es que estos milagros, por estupendos y asombrosos que sean, no debén admiraros ni pasmaros en Benito de Palermo, porque su misma santidad exígia en cierto modo este don maravilloso; y siendo tan singular el heroismo de sus virtudes, era como consiguiente y natural que hiciese todo lo que hizo. Continúadme vuestra atención, y procurad entender el verdadero carácter de un Santo, cuya sublime virtud llenó de admiración al siglo XVI, y dió todo el lustre y esplendor á sus portentosos hechos.

La cuna, teatro funesto de las flaquezas y miserias del hombre, fué para Benito: mansion de honor y de gloria: apenas vé la luz este fenómeno de la gracia apenas se organiza su tierno cuerpecito, quando ya ofrece al Criador las primeras aspiraciones de un corazón puro: dueño de sí en medio de las faxas que le aprisionan, levanta al cielo sus manos

tremulas en ademán de unirse con el Sumo bien: las primeras palabras que articula su lengua balbuciente son cánticos de alabanza que consagra al divino Hacedor: á él se encaminan y dirigen todas sus potencias, y le hace un temprano homenaje de su entendimiento, de su voluntad, y de todos sus sentidos: superior á las flaquezas de la naturaleza, luego que descubre un rayo de la gracia, ya experimenta sus divinas influencias, ama á Dios aun casi antes de saber los poderosos motivos que le obligan á amarle, y su edad infantil no tanto es presagio, como continuo ejercicio de virtudes. De la infancia de los demas Santos rara vez se hace mérito en sus elogios, porque arrebatados de las primeras impresiones de una naturaleza corrompida, se dexaron llevar del impulso de sus deseos antes de escuchar la hermosa voz de la virtud, y quando empezaron á resplandecer como astros, fué despues de un largo eclipse, que habia empañado sus primeros dias; un San Mateo, que quando Apóstol llena de admiración á los fieles recién convertidos con su desinterés y perfecto desapropio, habia sido un publicano estafador, que taló los pueblos con usuras; una Magdalena deshecha en lágrimas á los pies del Salvador, habia sido antes en la primavera de sus años el ídolo de la juventud, y la idólatra del mundo; las Egipcacas y Pelagias, tan célebres despues por su penitencia, fueron igualmente famosas al principio por sus desenvolturas; pero Benito no reserva para el Señor una víctima manchada con los profanos respetos que antes hubiese tributado al mundo y á sus halagos: su corazón nunca probó la ponzoña del vicio: en él la prudencia se adelantó al uso de la razón, y la razón al número de los años: como generosa águila voló desde el nido de su infancia á los brazos de la virtud, y se puede justamente du-

dar si hubo alguna interrupcion entre su cuna y la virtud; porque ser hombre y ser virtuoso, fué en él una misma cosa: todavía no sabe fixar sus vacilantes plantas, y ya se dirige al templo en alas de su amor: allí alimenta su tierno espíritu con las verdades eternas: allí abrasa su corazon en los incendios de la mas ardiente caridad: allí humillado á los pies del trono se excita á formar la idea admirable de ser el héroe de las virtudes, el exemplar de la penitencia, y el modelo de la abnegacion evangélica; otras veces se oculta de sus padres en lo mas escondido de su casa, y puestas sus pequeñas rodillas sobre el duro suelo, se ensaya en aquella perfeccion, con que despues habia de ilustrar la soledad de los yermos, y el retiro de los claustros.

¡Qué sacrificios tan generosos y tan anticipados! Pero sacrificios que no eran mas que unos vislumbres precursores de la esclarecida santidad de este gigante de la gracia: su prodigiosa virtud, que ocultaba el velo de su puericia, se dexó ver con claridad luego que el joven atleta empuñó á los nueve años el cayado de pastor: esta ocupacion inocente que habia justificado en las dos edades del mundo á los mas célebres Patriarcas de la antigüedad, fué el exercicio que descubrió los quilates de su grande alma: ocupado en velar sobre su rebaño en los campos de San Fradelo, se subtrae unas veces sigilosamente de la vista de sus compañeros, y á los pies de una elevada encina derrama su fervoroso corazon en presencia de su Dios: luego forma de una multitud de pieles y arbustos un pequeño Santuario, y pasa las noches insomnes, entonando las canciones de Sion; ya sale de su retiro á buscar los mendigos de las aldeas, y deposita en su seno el escaso alimento que habia reservado para sí; ya practica ayunos pocos menos que continuos, y aflige sus delicados miem-

bro con cordeles nudosos; ya se mezcla con los pastorcillos de su edad, y los instruye en los rudimentos de la fé, y en las máximas del Evangelio: unas veces postrado secretamente en tierra, levanta los ojos al cielo, y se dispone á escuchar con prontitud la voz de su Señor, otras se anima á sí mismo, y se apareja como el jóven David á observar todos los movimientos del infernal Goliath; ya concibe el arduo designio de imitar la santidad y perfeccion en que florecieron los Hilariones, Arsenios, Romualdos, Gualbertos, y quantos héroes ocultaron las espantosas grutas de Nitria y Tebaida.

Si Señores, el deseo de buscar modelos y exemplares de perfeccion, le arranca de la casa paterna, y le trasplanta á los bosques de Caronia, coronados de montañas estériles y escarpadas, discurre ansioso, y desahogado por aquellas selvas inaccesibles á los rayos del sol, y cuyo silencio solo interrumpe el fragor de los uracanes, ó el bramido de las fieras, registra sus grutas y profundos valles, camina infatigable por entre riscos y peñas con el fin de hallar á los ancianos pobladores que habitan aquel pais inculto, y satisfacer las ansias que tiene de llegar á la mas sublime santidad. ¡Qué espectáculo! Benito encuentra el precioso tesoro que solicita: vé aquellos ángeles del desierto, aquellos venerables ermitaños, que baxo el sagrado instituto del gran Francisco de Asís, habian encanecido entre las rocas y torrentes, se postra á los pies de aquellos prodigios de perfeccion, los oye y los admira como un discípulo que va á consultar á sus maestros, como un hijo que desea recibir lecciones de sus padres. ¡Ah católicos! Me parece que estoy viendo á Eliseo enriqueciéndose con el doble espíritu que le comunican aquellos nuevos Elías de la ley de gracia: Benito contempla en el silencio la austera conducta

de aquellos solitarios, observa sus rigores, sus combates y sus victorias, y siente encenderse en su interior un fuego que le consume, y un ardor que le enajena; desciende con ellos á la palestra, sigue sus admirables huellas, anda por todos sus caminos, toma parte en todos sus sacrificios, y á los primeros pasos de su carrera asombra el jóven novicio á sus mismos maestros, se remonta á la cumbre misma de perfeccion, dexa muy atrás á los mas proyectos y adelantados en la virtud, y adquiere una santidad tan prodigiosa, que empieza por donde terminaron aquellos famosos solitarios.

Cargado el Bienaventurado de Palermo de los despojos y trofeos que recogió en las selvas de Caronia vuela en alas de su fervor á la capital de Sicilia, por órden del Sumo Pontífice Pio IV; el Padre Santo habia disuelto y relaxado la vida solitaria, que por privilegio apostólico emprendieron aquellos famosos ermitaños, y Benito escoge por inspiracion divina la conventualidad de Palermo, donde asociado á los religiosos de la reforma de Santa María de Jesus, suelta de nuevo los diques á su gigante espíritu. ¡Ah! acompañemos con el pensamiento á este humano serafin en la nueva carrera que emprende resignado á la voz del Vaticano. Luego que este célebre colono del yermo se incorpora en claustros minoritas, trae á su memoria las acciones de los mayores Santos, que como luminares de primer órden brillaron en el firmamento Seráfico; recorre en su imaginacion el espíritu apostólico de los Paduas, la austeridad de los Alcántaras, el zelo de los Capistranos, las vigili-
as de los Regalados, el fervor de los Bernardinos, la humildad de los Diegos de Alcalá, la pobreza de los Luises, y los éxtasis de los Baylones: revuelve en su fervorosa fantasia los gloriosos triunfos que con-

siguieron de los tiranos en las mazmorras de Africa, y en las plazas de la Belgia los Danieles, Hugolinos, Bautistas, Otónes, Acursios, Berardos y Leones; y resuelto á copiar tan sublimes originales, se empeña en unir en sola su persona todos los caracteres de santidad que hubo en ellos.

Animado de esta noble ambicion da principio por una crucifixion general de todos sus sentidos; ¿pero qué crucifixion? Jamás tirano alguno, por inexorable que fuese, concibió ódio tan implacable al nombre christiano, como Benito contra su inocente cuerpo, y todavia mas ingenioso que ellos, inventa arbitrios de crueldad que se habian ocultado á su furor: vestido de una túnica andrajosa y grosera arma contra sí su propio brazo, y despedaza muchas veces cada noche su carne virgen; cuyas heridas aumenta con una malla de hierro que llevaba sobre sus llagados miembros; aprisiona su cintura con una cadena herizada de agudas puntas, que continuó hasta el borde mismo del sepulcro; se condena á un prolixo ayuno de siete quaresmas, y el corto alimento que llega á sus macilentos labios, mas bien sirve para entretener la muerte, que para sustentar la vida; sus vigili-
as son tan prolongadas, que el poco sueño que toma sobre un manajo de sarmientos, no es otra cosa que un tributo indispensable, que por fuerza le arranca su desfallecimiento; camina descalzo por lugares sembrados de aspereza; abriendo á cada paso que daba profundas grietas en las plantas de los pies, y otras tantas heridas en el corazon; expone sus fatigados miembros á la intemperie de las estaciones, para que á un tiempo le persigan el frio, el calor y la hambre, ¿pero qué es lo que intento? Yo no soy capaz de explicar el santo furor con que une en sí todo el rigor de los mayores penitentes que florecieron en

la numerosa familia del Patriarca de Asís; basta decir, que reduxo su affligida carne á tan asombrosa severidad, que mas parecia un cadáver animado, que un hombre vivo.

Adornado el héroe Africano con las sangrientas señales de la penitencia, se apresura á copiar las demas virtudes compañeras inseparables de la mortificación y austeridad. En efecto, luego que Benito llegó á ser el mas famoso penitente que vió la religion Seráfica en los siglos de oro, tardó muy poco en plantar radicalmente en el fondo de su corazon el reyno de la humildad: insensible á los impulsos del amor propio, y transformado en su misma nada, abraza con gusto los ministerios mas viles de la comunidad, se reputa por el oprobio y perisema de los claustros, y anegado en su propia miseria se tiene en su concepto por el mas inútil y pequeño entre sus hermanos: los pueblos convencidos de su extraordinaria virtud y milagros de aplauden; él suspira, llora y gime oprimido baxo el peso de la universal reputacion, y huye á los rincones mas escondidos del Convento para no ser visto de nadie, y evitar de este modo sus importunos aplausos: si sale de allí, es para conducirse á las chozas mas humildes, y mezclarse con la mas infima plebe por conciliarse el desprecio de los grandes; si cruza las calles y plazas de Sicilia, es para llevar sobre sus fatigados hombros un costal de mendrugos, que ha juntado para alivio de los pordioseros; si entra en los hospitales y calabozos, domicilios del hambre, y del contagio, es para limpiar las úlceras á los leprosos, besar sus llagas, socorrer su caimiento, y acompañarlos en sus miserias; si se confunde con una chusma de muchachos, es para instruirlos en los primeros rudimentos; y hacerse al mismo tiempo mirar como

insensato y extravagante. Pero qué expresiones me bastarian para ponderar los extremos de su abatimiento, ni qué tiempo tendria yo para numerar las demas virtudes, que resplandecian en su persona? Recojamos velas en una materia tan vasta y tan dilatada.

El insigne Benito por medio de un prodigioso enlace hermanó las qualidades mas excelentes que se hallaron esparcidas en los héroes Franciscanos que le precedieron; y para formar su perfecto panegirico, seria necesario hablaros de la santidad de todos los justos de su Orden; él tuvo el zelo de los operarios mas famosos del Evangelio que sudaron en las quatro partes del orbe, y se hizo participante de sus conquistas apostólicas por sus fervorosas oraciones dirigidas al Padre de las luces; él juntó la pureza mas acendrada con los rigores de la austeridad; las suavidades de la contéplacion con el empleo continuo de la mendicidad, la abnegacion y recogimiento interior con el bullicio del siglo. Él concilió la mansedumbre y sencillez con la entereza y libertad de ánimo: la separacion de las gentes con las ocupaciones públicas de la obediencia: la soledad y retiro con los ejercicios diarios de caridad. Él al fin se transformaba con la gracia en todas las formas y figuras: todas las virtudes residian en él, y él se señoreaba de todas ellas.

Este conjunto de tan heróycas virtudes le elevó, á pesar de su estado laical, á la prefectura de Santa María de Jesus. ¡O, y qué resplandores no difundió este astro luminoso colocado sobre el horizonte de su prelacia! ¡Qué espectáculo tan digno de admiracion el verle rodeado de su pequeña grey! A mí se me figura que veo al grande Antonio en medio de sus discipulos, ó al zeloso Capistrano ocupado en los afanes de su reforma. A unos confir-

ma con sus consejos, á otros dirige con su prudencia, á aquellos alienta con sus exemplos, y á todos enseña las virtudes de su profesion: á los débiles consuela con juiciosa condescendencia, y suaviza con ellos el rigor de la regla, sin debilitar su espíritu: á los fervorosos alaba con equidad y sabiduría; á los novicios instruye en los ápices mas menudos, y á los mas provechosos anima á caminar á la cumbre de la perfeccion. Él olvida su autoridad y sus facultades, y no se acuerda de la superioridad sino para elegir la celda mas pobre y estrecha, para vestir el hábito mas burdo, para ejercitarse en los ministerios mas humildes, para ocuparse en los oficios mas viles, y para hacerse como Pablo todo para todos: no nos cansemos, él fué á manera de un sol, que en el oriente de su guardianía, y en su ocaso lució de un mismo modo para iluminar á sus súbditos con el resplandor de sus exemplos, y fomentar en ellos la observancia de su sagrado instituto.

Un hombre tan extraordinario, ¿cómo podría dexar de ser la espectacion y el asombro de toda la Europa? ¿Ni cómo podrían los pueblos ultramarinos dexar de entender que sus virtudes iban de acuerdo con sus milagros? Y ved aquí como la prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió mayor realce y autoridad á las maravillas que obraba. Avivad vuestra fantasia, y tened presente que esta fué la primera proposicion que elegí en el exordio de mi panegirico, y voy á demostraros con una sola pincelada.

Supuesto que San Benito de Palermo reunió en sí la virtud de todos los Justos, ya no es maravilla que obrase los milagros que hicieron famosos á los Santos de uno y otro Testamento; si como Moisés se cubria su rostro de extraordinarios res-

plandores, y su cuerpo se bañaba de luces al separarse de la sagrada mesa del altar, tambien tuvo la mansedumbre, la paciencia, y las demas excellencias de este gran legislador; si mandó como Elías á los elementos y á las nubes, tambien poseyó la intrepidez y ardiente zelo de aquel célebre Profeta; si como Samuel penetra lo mas interior de las conciencias, y antevió como Isaías, las vicisitudes y acaecimientos futuros, imitó igualmente la fidelidad de estos Profetas en la observancia de la divina Ley; si gozó como Pablo en carne mortal las delicias del Paraiso, tambien tuvo la encendida caridad que abrasó al Apóstol de las naciones; si restituye á la vida muchas veces como los Paduas, á los que difuntos yacian en las tinieblas del sepulcro, poseyó igualmente la inocencia y el espíritu de aquel prodigio de la gracia; si finalmente dió perfecta sanidad á los desauiciados que pisaban ya los umbrales de la muerte como los Cantalicios y Baylones, tambien tuvo la humildad y candor de estos dos héroes Minoritas.

De suerte, que Dios se empeñó en hacerle un hombre extraordinario, obrador de maravillas, y él trabajó toda su vida para ser hombre de prodigiosa santidad; el resplandor de sus milagros fué correspondiente á su portentosa virtud, y ésta sirvió de realce y confirmacion á sus maravillas; los pueblos, testigos oculares de los milagros continuos que obraba, fueron al mismo tiempo espectadores fieles de sus virtudes, y éstas les causaron mayor asombro que sus mismos milagros; los Grandes de la tierra, en los que parece que tienen su centro las sospechas, y las desconfianzas, estos Potentados del siglo tributaban respetuosos honores á sus prodigios, porque se hallaban convencidos del tenor de su portentosa vida. Los Vireyes de